

UN GOAL FATAL

Muere, emocionado, un espectador

EMOCIÓN, SÍ; PERO SERENADA,
DEPURADA

En Villanueva y Geltrú se jugó el día primero un partido de fútbol.

Entre los concurrentes figuraba un muchacho de unos veintidós años, ordenanza de Teléfonos, llamada Paulino Roig. Faltaban pocos minutos para terminar el partido, sin que ninguno de los equipos forzara la puerta contraria, cuando uno de los jugadores del Villanueva lanzó un fuerte chut y la pelota entró en la red del Sitges.

El muchacho, presa de una intensa emoción, gritó: «¡Un goal!», palideció y cayó al suelo desplomado.

Cuando los espectadores acudieron en su auxilio, el muchacho era cadáver; había muerto á consecuencia de la fuerte emoción sufrida por rotura de un aneurisma.

**

«¡Un goal!». El goal esperado, el ansiado goal que daba—¡al fin!—la victoria á los suyos... El pobre Paulino no podía más. Tan no podía que cayó muerto; pero aún tuvo tiempo para gritar: «¡Un goal!»

Esto nos hace recordar un caso análogo acaecido en una plaza de toros años atrás. Un espectador seguía con creciente emoción la soberbia faena de

muleta de un «fenómeno». Dió éste un pase enorme, escalofriante, que puso en pie á todos los espectadores. A todos menos á nuestro hombre, que cayó por tierra para no volver á levantarse.

Como aquel hombre, el joven de Villanueva ha muerto de emoción. ¡La emoción! Sin ella la vida no merecería la pena. Pero la emoción, como todo, ha de ser condicionada. Cuando no, corremos el riesgo de que nos arrastre y enajene, si no es que, como en estos casos, concluye por matarnos.

Emoción, sí; honda y entrañable emoción; pero serenada, depurada. Para lo cual son altísima escuela la biblioteca, el museo, la sala de conciertos. Quien tenga hecha el alma á la emoción de un capítulo del «Quijote», de un cuadro de Velázquez, de una sinfonía de Beethoven, ya puede afrontar, seguro de sí mismo, todos los pases en todas las plazas y todos los goals en todos los estadios.

Resabios de barbarie

Hubo un tiempo en que todo se supeñitaba al dominio de la fuerza porque ésta era la palanca que removía la sociedad y por ella se determinaba la capacidad humana. Pero los tiempos han cambiado y al predominio de la fuerza ha sustituido el de la inteligencia, y su mayor desarrollo determina también la mayor potencia.

Pero de la época de la fuerza distamos muy poco, aún no hemos acabado de

salir, todavía conservamos el cascarón pegado á la parte posterior, y todavía perduran en nosotros signos de barbarie, costumbres que aún no ha podido desterrar la civilización.

Figura entre ellas la *cencerrada*, aritmónica serenata con que se obsequia á los recién casados, cuando entre ellos figura alguno que repite la suerte del tálamo, y cuyo fin no es fácil concebir.

¿Qué se pretende con amargar la existencia á quienes se debía rodear de consideración y respeto, ya que ejercen un derecho tan eminentemente social y que nos separa tanto de los irracionales?

La humanidad es injusta: ve con resignación, casi estoica, como dos seres, sean de cualquiera condición y estado, se entienden *naturalmente*; pero pretenden legalizar su situación y ante tal *infamia* surge la protesta viril y sonora. No hay derecho á ello; esas energías deben reservarse para los hechos delictivos que escapan á la sanción de las leyes; contra arbitrariedades del Poder; contra la opresión del débil por el fuerte; contra la explotación del infeliz por el egoísta desaprensivo, etc.; pero nunca contra quien ejerce un derecho amparado por las leyes.

Es, pues, un atentado contra la *libertad*, palabra que debía ser sagrada en todos los labios y venerada en todos los corazones, y en virtud de la cual todo individuo puede obrar á su antojo sin otro limite que el perjuicio á tercero.

Y no se alegue la calidad de las per-

sonas que intervienen en actos como el que censuramos, pues en equitativa justicia, la responsabilidad debiera estar en razón directa de la cultura y posición social del ciudadano.

Desterrar estas feas costumbres que nos retrotraen á primitivos tiempos es deber de buenos ciudadanos y aptos gobernantes.

NAUCHEP.

INFORMACIÓN DEL DISTRITO

Conferencias Culturales

ABENGIBRE.

No pudiendo por asuntos profesionales, nuestro culto doctor don Gabriel Cazorla dar la conferencia que hoy le correspondía, ha sido sustituido por el culto maestro nacional, hijo de este pueblo, don Juan Pérez Montero.

El cronista confiesa sinceramente su admiración hacia el señor Montero que, con un arte encantador y una elocuencia extraordinaria nos hizo pasar un rato *agradabilísimo*. Habla este joven é ilustrado maestro sobre «El espíritu español á través de la Historia y de nuestras regiones naturales».

Empieza haciendo un estudio profundo de la formación geológica de nuestro suelo pero, con una claridad y una belleza en la dicción que el auditorio entusiasmado interrumpe varias veces con clamorosas salvas de aplausos.

Después hace una reseña histórica de los pueblos que han pasado por nuestra